

Guillermo Koenenkampf

Almohada de piedra

I



OMO! ¿Era posible que él, espíritu dos veces atribulado, pudiese sentir aún el aleteo de una tercera inquietud? ¿Era posible? ¿Qué tenía que ver, por ejemplo, ese airecillo revoltoso que venía de los picachos nevados y jugueteaba de pasada en sus orejas, con esos pensamientos ligeros que empañaban a instantes—como nubecillas el azul de la mañana—su sempiterno pensamiento, y le desviaban la mirada hacia esa mirada curiosa, acá a su derecha, en la silla de reposo?

Acodado a una mesita, en el asoleado corredor de la residencial, esperaba en silencio, después del desayuno, con un libro apretado en la mano, quizá qué cosa para ir—antes que se levantasen los otros pensionistas—a tenderse en el escondido rincón de los peñascos, tras esos álamos movidos por el viento, a mirar, a recordar... ¡Tanto recordar y mirar los azulados abismos cordilleranos, sobre los que su imaginación alzaba tenazmente la imagen perturbadora! ¿Pertur-

badora? Sí, puesto que durante años y años, allá abajo, en la ciudad, y durante meses y meses, en su reclusión ahí, nada le había preocupado más que ella, ni para bien ni para mal; y su pensamiento había estado siempre, tendido como un hilo de esperanzas, hacia aquella imagen, de día y de noche...

La luz que hacía unos momentos aligeraba su mirada, se le iba apagando poco a poco, inmovilizada de nuevo en el pertinaz recuerdo, cuando una vocerita sonó allí, en la silla de lona:

—¡Qué paisaje tan tremendo! ¡Verdad, señor?
¿Tremendo...?

—¡Ah! sí, señorita—vaciló, echándole una breve mirada a la niña, y volviéndose después hacia las moles adustas y descascaradas que se precipitaban intempestivamente frente a ellos—; tremendo, en verdad. Parece un cataclismo petrificado. ¿A usted no le da miedo, señorita, mirar esos cerros?

—¿Por qué?—dijo la joven, fijos aún los ojos en los altos farallones. —Miedo no... Aunque sí; me da, al mirarlos mucho rato, así como usted los miraba hace un momento, una como especie de angustia. Pero los hombres pueden observar de otra manera, y usted parecía estar estudiándolos, sacando de ellos alguna consecuencia...

El había callado, como si no quisiese hablar, o como si estuviese meditando en lo que había oído. Al fin dijo:

—A lo mejor cree usted que les estaba envidiando a esas montañas las feas costras que tienen. No, señorita—agregó, volviéndose a medias hacia ella—; las miraba por mirar, nada más, sin darme cuenta. Estaba «reposando» en ellas la mirada.

La jovencita carrasperó un poco, al reírse, y después se acomodó el chal a las espaldas.

—Un reposo algo duro, señor—aludió, indicando con sus ojos bañados en la fresca claridad matinal, los flancos pelados y filudos. —Se ve que sus miradas no están muy débiles, ¿no?

Ambos callaron. El la observaba discreto y sorprendido. ¡Vaya! era alentada la enfermita, para conversar, y confirmaba la inteligente pasta de los tísicos. Porque... tísica tenía que ser, por el hecho de estar allí. Como podía creerse también que lo estaba él. Aunque el aspecto de la niña parecía más bien ser de persona anémica; aspecto de mujercita precoz y anhelante, de debilitada condición. La había visto en un rincón de la terraza algunos días antes, acompañada de una señora que se acurrucaba a su lado. El saludaba, en un saludo general a los pensionistas, recostados, con las piernas al sol de la mañana, en sus sillas de lona, sin fijarse particularmente en nadie. Después, cuando volvía de allá, del rincón consagrado, veía a la niña y a la señora que almorcaban al aire libre, en la terraza. Sólo algunas veces, él se quedaba ahí después del desayuno, contemplando las montañas carcomidas por quizá qué lepra de los tiempos. Entonces, silenciosamente solía aparecer la jovencita, con el chal abrigador sobre los hombros, y se instalaba en su silla. Esa mañana la señora no estaba.

—¿Y su mamá, señorita?—la interrogó él. —Porque supongo que es su mamá, la señora que la acompaña...

Sí; era la mamá, y había bajado a la ciudad, a comprar algunas cosas. ¡Qué escasez tan grande había ahí, de todo! Sobre todo, de verduras y de frutas, que maduraban tarde, por el frío de la altura. ¡Y qué fastidio

el estar a régimen! Pero, le gustaba el paraje, a pesar de su acritud y soledad. Quizá por eso mismo... ; porque así se sentía el amoroso temor de las cosas. ¡Y él... ; y él... ? Se insinuó la niña, esperando a que él le conversase algo de sí mismo; pero sin hacerle concretas preguntas indiscretas, de salud ni de nada. ¿Le gustaba leer? ¿Ese libro que tenía ahí... ? ¡Ah, sí! ; a ella le gustaba la poesía; pero no podía sentir la poesía moderna. ¿Qué fin tenía ese enredado estruendo de palabras y de cosas que nos asustaba las palomas de la sensibilidad? Prefería las novelas, algunas novelas... ; y en ellas creía encontrar a veces más poesía que en las poesías y versos actuales.

—¿Y usted, qué opina, señor?—le interrogó, posando en la mirada sorprendida del hombre, su mirada azul.

—Yo creo—contestó él—que lo que usted ha dicho está muy bien... ; y eso de «las palomas de la sensibilidad», me parece una expresión muy bonita. ¿Es suya, señorita?—la miró, pensando que ella, quietecita y blanca, ahí, en el hundido hueco de la silla de reposo, parecía una paloma cándida.

II

Ella..., Clemencia, había sido también como una paloma cándida. A veces... A veces, al principio... ¡Qué enigmático y doloroso encanto tenía para él, otras veces! ¡Cómo le había clavado, siempre, en el corazón, las perfumadas espinas de sus palabras! ¡Cómo le atormentara durante años y años, con el suave mirar indescifrable de sus ojos! ¡Durante tanto tiempo... ! Después, sin saber cómo ni desde cuándo, su imagen, y su recuerdo, de los que en vano quiso huir,

le fueron cerrando irremisiblemente y del todo, todos los caminos. Hasta llegar él a enfermar. ¡A enfermar...?

Tendido de espaldas entre los matojos, con la cabeza apoyada en una piedra, que se ablandaba bajo sus pensamientos, contemplaba cada día las cimas lejanas de las montañas, coronadas de blancas nieves. En torno de él, el canto enardecido de las cigarras posadas en las hojas de las ñipas, turbaba a instantes sus recuerdos. Volvíase entonces a mirar, a su derecha o a su izquierda, las verticales rocas del barranco, entre cuyas grietas se aferraban las raíces de los quillayes; aspiraba después el aroma revuelto del sol y de los vientos aun fríos de octubre; y al cabo echaba de nuevo a volar su mirada por sobre los penachos ondulantes de los álamos, hacia allá, hacia más allá del pueblo, y del río tumultuoso, y de los cerros ariscos; hacia esos altos montes nevados, de faldeos inusitadamente suaves. Claros, azuleantes en el aire transparente, recortaban sus perfiles amplios en el azul más intenso y más puro del cielo, y sus vertientes se tendían con la levedad de un manto de mujer soñada. ¡De mujer soñada! No; lo que él soñaba en su contemplación, era precisamente una imagen real; una mujer real, que acudía cada vez, cubriendo con ubicua hechicería todas esas lejanías tan agobiadas de inmensidad... Una mujer con la que le parecía ir caminando ingravidamente por los aéreos confines de la cordillera, lejos del mundo, hablándole a su lado, conversándole en silencio, así como estaba hablando ahí, solo, recostada la cabeza en la dura piedra. ¡Ah, qué algo tan inefable era aquello! ¡Con qué delectación devaneaba cada mañana el hilo de sus esperanzas e imaginaciones! ¿Qué haría ella, en tanto, allá...? ¿Le habría

escrito... ; le escribiría al fin, esa carta? ¡Ah, la carta prometida...! Sólo la esperanza de recibir un día esa carta, y coger en ella de una vez el alma y el espíritu insondable de Clemencia, le había hecho resignarse a venir a ese clima de salud; a esperar ahí, con una expectación mesiánica, esa carta que no llegaba. ¡«Su» carta! ¿No habría tenido tiempo aún, de escribirla? ¡Ah, cuántas cosas imaginó él, ansiosamente, en tanto le llegaba ese último mensaje de su destino! ¿Qué cosas iría a decirle Clemencia? Acaso en él adivinaría al fin lo que nunca había podido comprender en las palabras y en los silencios de ella...

¡Cuántas cartas le había escrito él, a ella! Se emocionaba, al recuerdo de esas pobres cartas suyas, llenas de sentimientos y sufrimientos; y en su corazón parecían dolerle aún las huellas que le habían dejado, al escribirlas. Y así había vivido, esperando y deseando, los quince primeros días de su permanencia en ese hueco de la montaña. Cada mañana, después de tomar el desayuno en un discreto rinconcito de la terraza, subía por la orilla del estero y se iba a arrinconar entre los peñascos. De pasada, conversaba algunas palabras con la patrona—una joven mujer suavemente morena y muy simpática, cuyo marido decían que andaba por la República Argentina, a la que él veía trajinar sonriente y afanosa por los corredores, con algún tiesto de flores o algún plumero en la mano, y distraídamente, ensimismadamente, casi sin detenerse a mirar los renovados aspectos matinales del panorama, llegaba a su escondrijo. A veces quería leer algo; pero no podía. El recuerdo de Clemencia le fulguraba ante los ojos, como si hubiese estado mucho tiempo mirando el sol.

Así había sido todos los días, al principio. Después,

un paulatino resentimiento había ido corroyéndole sus esperanzas. En vano su imaginación buscaba por las encantadas suavidades de la montaña la imagen que antes acudía al primer llamado de sus pensamientos, y la que se hacía tan real y viva que terminaba por borrar con su belleza toda belleza en derredor. Más que el recuerdo de la ausente, era ahora la obsesión tenaz de la carta que no llegaba, lo que le llenaba todos los momentos. Cuando volvía a la residencial, con pasos desmadejados, echaba una mirada equívoca hacia la mesilla escritorio, temiendo ya, tanto el encontrar la ansiada carta, como el no encontrarla. A fuerza de pensar en eso, iba dejando de pensar en ella.

Pero a veces le venían de golpe unos deseos incontenibles de verla, de hablarla. Se ahogaba, sin la claridad de sus ojos, sin la promesa incierta de su voz. Un día no pudo más, y bajó a la ciudad, por estarse algunos días en la casa de sus parientes, o en su triste casita abandonada. Y por tranquilizar su espíritu. ¿Por tranquilizar su espíritu? Ella vivía cerca de su casa; y él pasaría, alguna vez, a saludar a la señora Rosmunda, la madre de Clemencia..., y la vería, a ella..., a Clemencia... Hundido en el asiento del coche, al lado del conductor, sus pensamientos se le anticipaban en el camino, e imaginaba las palabras, la actitud de ella, al verle, al recibirla en la puerta. ¿Qué explicaciones piadosas le iría a dar, por no haberle escrito? ¿Qué le iría a decir? ¡Ah, la femenina ingratitud de las mujeres! ¡Siquiera pudo haberle recordado como a un buen amigo; haber averiguado por su salud...; por esa salud que él le había ofrecido en empecinada ofrenda de amor!

Cuando golpeó a la puerta de la casa de Clemencia,

le resonaron los golpes dentro de su propio corazón, y se quedó esperando, como si a él se le fuese a abrir el pecho en un angustioso tropel de palabras. Y ella... ¡ella, nada le dijo, al fin; ni de esa carta que no le había escrito, ni de nada! ¡Cuán distinta le pareció su mirada, a la mirada rebosante de dulcísimos fulgores con que le acogiera algunos años atrás, al volver él de un viaje largo que acababa de hacer, después de la muerte de María! Fué esa mirada tan inesperada, de entonces; de tan inefable expresión, de la amiga de su pobre mujer, la que se le fué metiendo con el tiempo, dentro, muy adentro, paulatinamente, silenciosamente; y ahí se había quedado para siempre. Sí, para siempre; pues, a pesar de todas las veleidades y de todos los enigmas torturadores que la joven le hiciera después sufrir, cuando ya él le hubo declarado su amor, y a pesar de ese postrero desengaño, la tenía aún metida ahí, dentro.

Desde ese día no había vuelto a verla. Regresó la misma tarde a su destierro de la montaña, sin pasar a despedirse de ella, ni de la buena señora Rosmunda; y después, cuando bajó alguna vez a la ciudad, a ver al médico o a sus parientes, esquivó el encontrarla. Pero, un vacío se le iba formando en la cabeza, y en el corazón. Un vacío lleno de vagas cosas... .

III

De nuevo la mamá de la jovencita de ojos cándidos había bajado a la ciudad, por algunos días. La hija se aburría, sola ahí; tendida todo el tiempo en su silla de reposo, la que abandonaba de vez en cuando para dar un paseo por los callejones bordeados de ciruelos, Se aburría en ese ambiente enfermo, y sólo el claro sen-

tido de su voluntad o el confuso sentido del instinto la hacían someterse a las prescripciones del régimen. Además, los otros pensionistas—los hombres, sobre todo—eran de una impertinencia malévola, de una insidia morbosa y típica. A la chiquilla la molestaban con sus palabras y miradas de enfermiza intención.

En cambio, él, a él, le buscaba ella conversación cada vez que le veía aparecer en la terraza. La niña, aunque inteligente y bonita, era ingenua; y él, a los pocos días, la trataba con un desparpajo inusitado, que en vano quería disimular bajo las formas de una correcta cortesía. Andando de acá para allá, se volvía contrariado al oír la voz de la señorita, que le llamaba, y se quedaba mirándola y hurgándole cruelmente en el fondo azul de sus ojos. Y mal disimulaba su aburrimiento.

La jovencita estaba de novia. El solía preguntarle:
—¿Le han escrito, Rosarito?

Descolgaba ella su mirada, que había elevado hacia la fosquedad alucinante de los picachos, y contestaba a media voz:

—No; «él» no me ha escrito, en estos días. Tiene mucho trabajo, en la Compañía...

«El»... «Ella»... ¡Ah, los eternos mitos de la ilusión! ¿Ella..., Clemencia, también tendría mucho trabajo, allá, en las horas perdidas de su casa? Volvía a preguntarle a Rosarito:

—¿Y usted no le ha escrito, a él? —Su voz sonaba hueca, y Rosarito le miraba con los ingenuos ojos sorprendidos:

—No; últimamente no.

—Hace mal; debe escribirle todos los días, aunque «él» no le escriba. ¿No ve que «él» estará ocupado? ¿No tiene tiempo, usted?

La niña se quedaba mirándole aún, y en sus ojos se adormecía una chispita de anémico sentimentalismo. Una tarde, ella le preguntó a su vez:

—¿Y usted, don Joaquín, no tiene novia?

Cayó el hombre, de un brinco, en un hondo mutismo. En un mutismo del que le fué alzando lentamente el hilado cantito de un chercán, que saltaba entre las piedras de una pirca.

—¡Qué pajarito tan simpático y tan feíto!—masculló a media voz, como si estuviese solo. —Es de una fealdad meliflua. Parece que se hubiera revolcado en un panalcito de miel, y se hubiese ido a tostar después entre las piedras caldeadas. ¡El chercán, las pircas, el palqui...! (se calló, pensando acaso en esos largos caminos retorcidos, de Chile, en los que el palqui, apegado a las vetustas pircas, y el chercancito, discurriendo por entre las grietas y las ramas, prolongan un emocionado sentido doméstico a nuestros viajes, y nos van siguiendo por todos los rincones).

Ella no había entendido, y le miraba extrañada. ¿Qué tenía que ver una novia, con el chercán, y las pircas, y el palqui? Dijo al cabo, con un tono algo resentido, hojeando el libro que estaba abierto sobre sus rodillas:

—Dígame, don Joaquín... ¿usted lee el inglés, no...?

—No, señorita; no soy comerciante—respondió él, volviéndose lentamente hacia ella.

La niña frunció el entrecejo:

—Bueno; yo tampoco soy comerciante, y lo leo. Aquí tengo un libro...

—Usted no será comerciante; pero sus padres lo habrán sido... —interrumpió él—; y ellos, o el mismo sentido práctico heredado por usted... Bueno;

está bien, eso, por lo demás... —agregó, distraído e indiferente, mirando los cerros cariados.

A pesar de todo, ella insistía.

—¿Así es que no le interesan a usted las novedades de la literatura? No lo creo; ni le creo que no conozca el inglés. Algo siquiera... Si quiere, yo puedo leerle un capítulo muy interesante, aquí...

—No; confieso y repito que no lo conozco—volvió a interrumpirla, con cierta desganada vehemencia.—Y de conocerlo, preferiría leerlo «a la inglesa». Soy egoísta; y además, me cuesta entender las cosas... —terminó, encogiendo con mesura, las piernas.

La joven patrona miró discretamente, al pasar, el gesto contrariado, o reconcentrado, del hombre, y llegó hasta la niña.

Rosarito bebía a sorbitos la leche con canela que la señora le había traído, mientras le conversaba a media voz, con vocecita regalona. Y mientras ellas conversaban, la señora Marina se había vuelto a mirar al hombre.

—¿Y usted no quiere alguna cosita, don Joaquín? —le ofreció a él, atrayendo con su simpática sonrisa placentera la mirada abstraída del hombre.

—No, señora; gracias—contestó él maquinalmente. Pero en seguida aceptó el amable ofrecimiento: —Bueno; tráigame... no sé; lo que usted quiera, si no es una molestia. Y siempre que no sea leche con canela —terminó, mirando el vaso que Rosarito degustaba a dengosos sorbos.

IV

Después de estas cosas, él se iba a andar por los callejones de los ciruelos. Se metía por algún cerco ce-

rrado de viejas pircas, y llegaba hasta los bosquecillos de quillayes recostados al pie de los cerros, y vagaba, bajo los ramajes lustrosos. Volvía mecánicamente, deshaciendo sus propios pasos, y almorzaba solo en un rincón del comedor. Encendía un cigarrillo, y se iba a tender otro rato largo en su pieza, silenciosa y apartada en el ángulo del corredor que daba hacia el sol de la tarde; y miraba, por la puerta abierta, la pasada del tren militar, en el recinto de la Estación. El viento trashumante del Cajón azotaba algunas acacias paliduchas, y un sembrado de arvejas florecidas luchaba con los pastos, al lado de la vía. Más allá de la Estación, y de los ruidos y rumores, al otro lado del invisible y correntoso río, algún diminuto conejo veloz atravesaba los claros de la escarpa frontera y se metía por entre las manchas de los guayacanes. Y de pronto él, sin querer soñaba; se ponía a soñar, a pesar suyo...

Y de pronto también, aparecía el chal de Rosarito, en el hueco de la ventana. El alzaba la cabeza, 60 grados sobre la almohada, y de contrapeso, caían sus pensamientos hacia la realidad. La voz de Rosarito le ahuyentaba la quieta inquietud interior.

—¿Estaba durmiendo?—le decía la niña.

—No, señorita; estaba soñando—contestaba él, bruscamente, echándole llave a la puerta de sus imaginaciones.

—Soñando, ese hombre de modales ásperos? La niña le miraba un instante, con incrédulo aire ingenuo, mientras él se alzaba de la cama. Desganado, mostraba la hora, en el reloj:

—Las 3 y media. ¿Vayamos a dar una vuelta por la Estación, si quiere?

—Vayamos—aceptaba ella al punto.

Atravesaban la calle polvorienta, conversando sin

mucho entusiasmo. El bromeaba a veces; no podía hacer otra cosa más que decirle bromas e ironías desagradables, y la niña apretaba los labios y parecía regustar en las palabras de su acompañante el dejo dulce de alguna amargura. Al pasar frente a la oficinista de Correos, él se detenía indeciso, mirando hacia los puntos más lejanos, y decía:

—¿No le habrá escrito su novio, Rosarito?

Pasaban a la estafeta. Ahí él se quedaba esperando a un lado del ventanillo, anhelante, impenetrable. Nada... Es decir, sólo la carta de algún amigo, o de algún pariente.

Volvían a tomar el té. Después, él, sigiloso, se deslizaba por los caminos, y caminaba largo rato a la orilla solitaria de la tarde, hasta llegar al Alto de Arán; y cruzaba el río por el puente colgante; y se quedaba mirando bajo sus pies las aguas vertiginosas. Y sentía que sus pensamientos y sus recuerdos, y su corazón, y todo él, daban vueltas y rodaban, revueltos en los turbios torbellinos del río, río abajo. Otras veces se encerraba en su pieza, tirado de espaldas en el lecho, en muda inmovilidad, hasta la hora de la comida.

Comía maquinalmente. En la noche Rosarito mandaba a pedirle algún diario. El le mandaba el diario, o iba él mismo a llevarle algún libro. La niña se acostaba temprano, y la empleada que le servía, o la señora Marina, solían acompañarla un rato, cuando la madre de Rosarito no estaba, y más tarde venían a echarle llave a la puerta, y se llevaban la llave. La intimidad femenina de la alcoba emocionaba de pronto al hombre, y él perdía su desparpajo. Sólo cuando la joven volvía a hablarle de su novio, o de algún escritor a la moda, o de la última película que los periódicos ponderaban, se le escapaba como un resorte, su ironía.

Una noche en que había baile en el pueblo, y todos habían salido de la residencial (hasta los pensionistas en reposo, que desatendían a menudo las prescripciones de los médicos y los consejos de la joven patrona, quien entonces había de acompañarles), una noche, pues, él, afirmado en el marco de la puerta, de Rosario, miraba desganado algunas oleografías que adornaban las paredes, mientras ella, reclinada en los almohadones, muy sonrosada, hojeaba en un diario las páginas de los cinematógrafos.

Le miraba, a él, la niña, a hurtadillas; y miraba y remiraba al mismo tiempo, sin leer, quizá qué cosas; y al fin le habló, por encima del diario, con la voz un poco cortada:

—¿Por qué no entra, que hace tanto frío con la puerta abierta? Siéntese, y conversemos...

—¿Me va a hablar de su novio? —saltó él. —¿O de alguna película yanqui? Se lo agradecería mucho, para poder dormir...

Ella había doblado el periódico. Se puso más encendida, y protestó, enderezándose un poco en el lecho; las cejas enarcadas melindrosamente:

—¿Por qué me dice esas cosas? Le advierto que mi novio..., que mi novio...

—Que su novio vale más que yo ¿no es cierto? —la interrumpió él. —Por eso no le escribe, quizá... —agregó con sarcasmo. —Pero yo estoy ahora aquí en su pieza, y podría hablarle de amor... (se detuvo, mirándola); debería ¿sabe? hablarle de amor, puesto que a usted le gustaría, y está sola...

Ella volvió a enderezarse, agitada.

—Mire —le dijo, chispeándole la mirada azul—; si me va a hablar así, es mejor que se vaya...

El no se movió. Aspiraba con dolor voluptuoso el

aroma de los huilles que blanqueaban en un florero; un aroma vago, mareante, como oculto aliento de mujer en anhelosa noche imprecisable, mientras volteaba los ojos inconscientes por los otros detalles de la alcoba. Volvió hacia la niña una expresión cansada.

—Sí; me voy—dijo al cabo—puesto que usted me echa. Y porque después, acaso, no pudiese irme...

Se levantó, sin mirarla. Rosario respiró hondamente y sus manos tiritaban al acomodarse el chal sobre los hombros.

—¿Se va?... ¿Que se va?... —titubeó, a media voz, con la mirada encendida. —¿Que se va...? Tengo miedo aquí, sola, esta noche... Y sin la mamá...

El la miró un instante. Miró el brazo, lánquido y blanco a través del chal, que la niña dejaba caer sobre las ropas del lecho, y aspirando el aroma mareante de los huilles, salió de la alcoba, lentamente.

V

Algún secreto malestar físico, del que no se preocupó, colmaría acaso el profundo pozo en que, gota a gota, habían ido cayendo desde hacía tantos años, todos sus sentimentales males. Desvelado, abandonado en la nocturna soledad de su cuarto, comenzó poco a poco a sentir extraños síntomas, envenenadas angustias que le corrían por todo su cuerpo y se le metían en las sensibles vísceras. Un frío letal le iba amortajando bajo las gruesas frazadas y almohadones amontonados en el lecho, las piernas y los miembros míseros, y una mano de piedra parecía apretarle el corazón, detenerle los latidos del corazón; en tanto que por su cabeza zumbaban en enjambre de fantas-

mas afiebrados, sus desamparados pensamientos. Se bajó del lecho y comenzó a pasearse, a moverse por el cuarto, durante quizá cuánto tiempo; mirando, con desorientadas miradas, los objetos; buscando en los papeles y libros esparcidos por los muebles y los cajones quizá qué cosas...; quizá el retrato de su pobre mujer, muerta cuando Dios apenas se la había dado, o algún recuerdo de su madre, muerta también... Después, sin esperar ningún alivio, ningún consuelo, temblándole las rodillas, cerrándosele y abriéndosele obstinadamente los ojos, volvió a acostarse, y de nuevo comenzó a revolverse entre las sábanas desordenadas. Se desesperaba más y más, a cada esfuerzo que hacía; sentía que se iba asfixiando, asfixiando..., y trataba en vano de calmarse, de sobreponerse a ese cúmulo de angustias indefinibles que parecían iban a exterminarle de una vez su triste vida. Hasta que al fin perdió, en su desesperación, la noción de lo que le pasaba, y sólo los oscuros instintos seguían combatiendo, defendiéndole valerosamente los quebrantados reducidos de su organismo.

Cuando la señora Marina entró en el cuarto del enfermo, envuelta en una bata de noche, lo encontró tumbado de medio lado en la cama, con los ojos profundamente desencajados y los labios contraídos en una mueca de insopportable aflicción.

Traía, la joven patrona, algunos frasquitos en la mano; y venía ahora, grave, seria, acompañada de la pequeña Roselina, medio adormilada. Al verla a su lado, el enfermo sintió un flujo de alivio y de vergüenza que aquietó por un momento la tremenda angustia fisiológica que le retorcía el corazón. Quiso volver el rostro hacia el otro lado, donde estaban desordenados en una mesita sus libros y papeles; pero ella le habló:

—Don Joaquín, ¿está enfermo? ¿Que está enfermo, don Joaquín...? Dígame...

—Señora... señora... perdón; no es nada—se esforzó él por disimular. —Un poco de insomnio, nada más... Tenía luz por si podía leer...

—No—dijo ella, mirándole atentamente y acomodándose las ropas, que él, en su revuelta desesperación dejara caer por los lados de la cama—; lo he sentido durante toda la noche, desde antes de acostarme. Y ayer, usted no estaba bien. ¿Por qué no me dijo que se sentía mal?

Su voz era suave, tibia, animadora. Pero él no la miraba. Una tras otra, por el hueco que la presencia de la mujer acababa de abrir en el cerrado desamparo de su corazón, lágrimas gruesas, endurecidas quizá durante cuánto tiempo dentro de él, fueron cayendo en la cubrecama, mientras escondía el rostro, tratando de ahogarlas. Ella tenía los risueños ojos muy abiertos, perplejos y emocionados.

Vertió unas gotas en un vaso de agua, y se lo ofreció. El no se decidía a recibirla, conteniendo la desesperación. Al volverse un poco a coger la pócima, vió la expresión solícita de la joven señora, con la sonrisa inmovilizada en los labios; y estalló en vencido llanto. Como un chiquillo inerme, se quedó con la cabeza colgante sobre el lecho, hipando, metiéndose el pañuelo mojado en la boca, contrayendo el pecho en esfuerzos vanos. Ella lo dejaba llorar.

Lloraba a intermitencias; con vergüenza, con rabia, con exasperación. Y con algo de apasionado e íntimo alivio; mientras ella, sentada a la cabecera, miraba al hombre que así lloraba, pasándole la mano por los cabellos, por la frente, sin hablarle, sin consolarle con vanas palabras. Le alisaba los cabellos revueltos con

enternecida mirada, reconfortándole con su presencia, envolviéndole en el silencio cariñoso de su voz, como una hermana, como una joven madre...

Cuando, después de quizá cuánto tiempo, pasó la crisis, un sentimiento avergonzado de gratitud y de confianza le refrescó los ojos y contempló de nuevo la mirada luminosa de la señora Marina, que sonreía ante él. Y un deseo incontenible le vino, de pronto, de hablarle, él, de contarle, a la joven señora, tantas cosas, tantas cosas...; todas esas secretas cosas que, una a una, desde hacía tantos años se le venían acumulando en la soledad de su corazón, llenándole todos los rincones del corazón y de su vida. Hasta ahogarle...; hasta hacerle caer repentinamente en ese trance de mortal angustia, del que ella le acababa de sacar. ¿Cómo pudo llegar hasta ese estado?

Pero, nada le contó. Escondió bajo la avergonzada frente sus desvalidos pensamientos, y volvió a excusarse de su debilidad:

—Gracias, señora; muchas gracias... Y perdóname. ¿Qué dirá usted de un hombre que llora porque está un poco enfermo...?

—¿Qué voy a decir?—le aseguró la joven patrona, sonriendo siempre con su sonrisa de suavidad. —Que las lágrimas son para llorarlas... ¿No siente ahora que ellas le han lavado los ojos...?

Iría a decir quizá alguna otra cosa; pero calló discretamente.

VI

Estuvo dos o tres días metido en su pieza, casi sin comer, casi sin darse cuenta de nada. Ni siquiera del tiempo, que no obstante se pasaba, triturándole con

los colmillos múltiples de sus males. La señora Marina venía a verle; a traerle y hacerle comer con amable insistencia tal o cual guiso que ella misma le preparaba. El, entonces, se tranquilizaba un tanto, y conversaba algunas palabras con la cariñosa mujer, a la que siempre veía tan solícita como una hermana, con todos sus huéspedes.

Al cabo salió a vagar de nuevo, adusto y cerril. Comenzó a andar de acá para allá, sin plan ni concierto, por los callejones y caminos apartados. Trepaba por las escarpas abruptas, hasta cansarse; o se iba por las orillas del río, río arriba, hasta llegar a unos foscos peñones que, por un lado y otro lado, querían estrangular la soberbia correntada. Luego se iba de ahí y buscaba nuevos puntos, para volver a dejarlos inmediatamente. Parecía como que anduviese huyendo de sí mismo...

En esta viva y constante inquietud, y de tanto andar y moverse en quién sabe qué incomprendible empeño, sus músculos adquirían una nerviosa fortaleza; y, por otra parte, gracias a los discretos cuidados de la señora Marina, su salud inestable iba hasta cierto punto mejorando paulatinamente, aunque él tampoco se diese cuenta de ello. Pero su espíritu seguía tras él, vacío, perturbado, y cuando veía a Rosarito, pasaba ante ella saludándola con un cansado gesto que no quería disimular. Ella carraspeaba un poco, y hacía tardío amago de hablarle, acomodándose en su silla de reposo; o bien vagaba a su vez, con ingenuo disimulo, por los callejones cercanos a la residencial, esperando acaso la vuelta del hombre hurano. También ella, Rosarito, adquiría salud y fuerzas, bajo los cuidados constantes de su propia madre, y bajo su misma voluntad, insubstancial y tonta, pero tenaz. Pero las

frescas rosas que iban floreciendo en sus mejillas, y las violetas suaves que se desmayaban anhelosas desde las cuencas de sus ojos, no avivaban en lo más mínimo la indiferencia de don Joaquín; ni siquiera detenían por un instante su errátil atención.

A veces, sin embargo, en sus vagancias, solía el hombre encontrarse por los caminos de la montaña, con paseantes o excursionistas que le miraban con amistosa curiosidad; y ahí, ante el espectáculo cenuido de la naturaleza, se le despertaba en el corazón angustiado un infinito deseo de conversar, de compartir parte siquiera de sus humanos sentimientos, con quienes la ocasión ponía delante de sus pasos. Entonces, tras preliminares indecisiones, su vehemencia febril se desataba a intervalos en locuaces charlas o en líricos silencios de admiración hacia el paisaje de desconcertantes bellezas, según fuese un hombre o una mujer la persona con quien hubiese tenido la suerte de encontrarse. Así se encontró un día con una joven que paseaba por los callejones, ajena y abstraída ante los hundidos panoramas del Cajón. Al verle a él, se avivó un tanto la mirada de la solitaria paseante, y le saludó con una venia. El contestó el saludo, e iba a pasar; mas en un impulso incontenido se detuvo ante ella y volvió a saludarla cortésmente:

—Señorita—le habló, con voz desbordada en camaradería—; usted me perdone; pero estoy seguro de haberla visto alguna vez, en alguna parte... ¿Sería aquí, probablemente? ¡Ojalá no haya sido allá abajo...!—indicó con un gesto vago de hurañía hacia la lejana ciudad. Y terminó después, con cierta timidez repentina: —Aunque quizá usted no se haya dado cuenta de mí...

—Sí, señor; me he dado cuenta—le contestó ella

con armoniosa voz. —Le he visto varias veces, aquí, en la residencial. Mi marido me ha hablado de usted...; de don Joaquín Villarán...

—¿Su marido? ¿En la residencial? —la interrogó él, dejando caer de sus palabras un eco de involuntaria desilusión, y sin dejar de mirar los ojos de un verde muy hermoso y dulce, de la joven esposa.

—Sí —volvió a afirmar ella—; Fernando Amescua; ingeniero de Transporte de los Ferrocarriles. Está aquí desde hace tiempo, mandado por la Preventiva...

—¡Ah! el señor Amescua...; su marido... —dijo él, lentamente, distraídamente, recordando en realidad a un caballero como de cuarenta años, lleno de carnes, y de buena figura, no obstante el brillo exagerado de sus ojos y las sendas manchitas róseas de sus mejillas, el que pasaba todo el santo tiempo tendido en una silla de reposo, bajo los árboles de la quinta. El solía conversar, cuando recién llegó ahí, con ese pensionista aislado siempre de los demás pensionistas, y el cual era una excelente persona, así sufriese las alternativas de su genio, agrio a veces, a veces melancólico. Le había conversado el señor Amescua (a él, otro hombre hurano y melancólico), de su mujer; de sus hijos pequeñitos, a los que veía tan a lo lejos... Sí; Amescua, el solitario Amescua... Desvió aquí sus pensamientos, por no llegar a sus propios recuerdos, y miró a la joven señora, lleno de respetuosa simpatía.

—¿Sigue mejor don Fernando, no es verdad? —interrogó de nuevo.— Hace días... que... no le he visto... —terminó, titubeando, como disculpándose.

—Sí; gracias a Dios. Está mejor. Hoy lo divisó a usted, cuando salía por detrás de la terraza... Precisamente, se estuvo acordando... Las otras veces que he venido, también me conversó de usted...

Don Joaquín se sonró, agitándose, nervioso. Después se le endureció el semblante. Volvióse al cabo, comedidamente, hacia la joven esposa de Amescua, y le ofreció: —¿Quiere que andemos un poco, señora, si usted gusta? Es hermoso, esto, y se distraería... Después volveremos a hacerle compaňía a su marido.

—Con mucho gusto— le aceptó ella. Y añadió: —Mi marido le estaba recordando, pues, hace un momento; deseaba presentarme a usted. «Con ese caballero podrías, mi hija, pasear un poco por ahí, tomar aire...» —me dijo, al verle a usted alejarse... «Es muy correcto, te lo aseguro...»

—O muy inofensivo... —la interrumpió él, con voz algo extraña. —¿Cómo sabe él que soy una persona correcta?

—¡Oh, señor Villarán! Eso se conoce desde el primer momento, con sólo verle... —respondió la esposa de Amescua, mirando con cordial interés al desconfiado interlocutor, quien, por una casualidad, o por una anímica necesidad de hombre abandonado, se mostraba, en ese instante, solícito, expansivo. Ella lo expresó así, después: —También usted necesita conversar un poco, distraerse. Parece muy solo, aquí...

Villarán se quedó en silencio, un instante; mirando, abajo, el trencito militar que reptaba por entre las siniuosidades neblinosas, como una sierpe de hierro junto al río. «Conversar; distraerse...» ¡Ah, cuánto necesitaba distraerse, huir... —¿de qué?—; conversar...; conversar con una persona amable, sencilla, fina...! Y esa hermosa joven parecía una persona fina y amable. Y de una voz tan dulce. Acaso sufría... ¡Claro! ¿no estaba ahí su marido, enfermo, desahuciado a la larga quizá...; y ella, que lo amaba, sufriría... sufriría... ¡Cuánto sufriría! Se volvió hacia ella, que, con la ca-

beza ligeramente inclinada, caminaba a su lado. Y permaneció en silencio, amargamente feliz de la compañía que la providencia le había deparado esa mañana, mientras ella le miraba a ratos, como esperando que él hablase. Al fin habló, ella, la joven señora:

—Se debe sufrir mucho aquí, en esta soledad, en este ambiente enfermo. ¡Mi pobre Fernando, que hace cerca de dos años está en reposo! Si usted supiera...; todo le vino de un golpe que le dió un vagón, en la espalda. ¡Y yo estaba con él, conversando con él...; en la Estación del Barón, y no vi el coche que se le venía encima, mientras él me miraba sonriéndose...! ¡Tan buena salud que tenía! (Calló, suspirando hondamente, y agregó al cabo, más serena): —Pero, como le dije hace un momento, ya está mucho mejor. ¡Gracias a la constitución fuerte que siempre tuvo y a su inmensa voluntad, ahora, créame usted, señor Villarán! ¡Cuántos sacrificios! ¡cuánta voluntad! ¡Lo que habrá sufrido, pensando siempre en mí y en los niños...!

—¿Tiene usted niñitos, verdad, señora? —la miró con los ojos también algo húmedos, don Joaquín. Fué una pregunta tonta, y además innecesaria, puesto que él sabía eso, y la hizo por alegrar los pensamientos dolorosos de la joven esposa.

—Sí —dijo ella, aclarándosele por unos segundos el verde tierno de la mirada. —Tenemos dos, y él no quiere que se los traiga. Ni a mí me permite venir muy a menudo... Pero yo no tengo miedo; no, no. Es él, Fernando, que no me deja casi estar mucho tiempo a su lado. Me hace cuidarme, en vez de cuidarle a él...

—Tiene la razón, mucha razón, su marido, señora— irrumpió el desolado Joaquín, con unciosa vehemencia. —Es usted muy joven; y él desea sanar, y sanará...;

y tienen ustedes niños...; y él la querrá mucho, ¡la quiere mucho!; sí, es justo que la haga cuidarse a usted también...; que la haga cuidar su salud, que es el tesoro de todos... Pocos tienen ese heroico pensamiento.

—Sí—admitió ella, dudosa aún. —Es heroico, ese pensamiento; pero mi marido no es muy humano para consigo mismo... No sé... ¡Pobre!

—¡Pobre, no, señora! ¡Si él es muy humano también para consigo mismo! Por la salud de usted, él alcanzará al fin su propia salud. Créamelo, señora—le afirmó con gesto de alientadora seguridad.

Ella, impulsivamente, le cogió la mano y se la estrechó entre las suyas.

—¿Ve usted cómo es un caballero, un hombre? ¡Cuánto bien me hace con sus palabras! ¡Y cuánta sinceridad encuentro en ellas, cuánta fe! Fernando se las agradecerá también...

VII

Desde el umbral de la puerta, Rosarito miró un instante al hombre, esperando a que él alzase la cabeza, que tenía inclinada sobre unos papeles desparpamados ahí, en la mesita escritorio, y al fin se resolvió a hablarle:

—Buenas tardes, don Joaquín. ¿Está escribiendo alguna cosita...?

El se volvió, entre sorprendido y contrariado.

—No—respondió—; estaba ensayando la letra, a ver si me acordaba... ¡Y usted—agregó, indicando con una mueca deshecha el sobre que la niña escondía a medias en una mano—le escribió ya su lección de dictado, a su novio?

Una sombra leve pasó por el rostro de Rosarito; y contestó con un inexpresivo alarde de dignidad: —No es carta para... Jorge, mire. Ni tampoco es carta mía; es de la mamá. ¿Y aunque fuese mía...? — Y ruborizándose un poquito, cuchicheó, como quien no quiere decir una cosa delicada: —La mamá... se va el jueves, a Santiago. Tendrá que estar algún tiempo sin poder venir...

—¡Ah, sí!—meneó él la cabeza. —¿Y usted se quedará solita otra vez, aquí? Podría venir su novio si quisiera, a verla.

—El otro día vino. ¿Usted no se fijó?

Se le endureció a don Joaquín la expresión un tanto condolida que había asomado a su semblante, y habló, volviendo a menear la cabeza de arriba abajo:

—¡Ah! ¿Era su novio, entonces, ese caballerito? Yo creí que era su hermano, por lo desabrido... —Y añadió de malas ganas, con acento de reconvenCIÓN: —¿Y usted, también...? Parecía que más se preocupaba de «otras» personas que no de su pobre Jorge...

Ahora, enrojeció la clara frente de Rosarito.

—Yo me preocupo de quien quiero—replicó, sin disimular apenas una turbación repentina.

—Aunque sea de quienes no la quieren... a lo mejor—la interrumpió, implacable, don Joaquín.

No pudo observar el hombre, el cruel efecto de sus palabras, en el rostro de Rosarito. En su propio rostro apareció por un segundo el reflejo de un súbito dolor. ¡Había disparado la saeta contra su mismo corazón! Se quedó con los ojos lejanamente hipnotizados, revibrándole en sus más escondidas fibras lo que acababa de proferir; reviendo en un instante toda la desgraciada historia de su amor por la que ahora su avergonzado pensamiento no se atrevía siquiera a nombrar.

Rosarito, que le miraba, a pesar de todo, con herida obstinación, interpretó mal los conturbados sentimientos que el semblante del hombre traicionaba, y una nueva llamita tenaz apareció en el azul de sus ojos. Se acercó más a él, y le pidió con vocecita melindrosa:

—¡Vamos, Joaquín, al Correo? ¡Hace tanto tiempo que no me acompaña ya!—terminó, esbozando un mohín regalón.

Salió el hombre, de un salto, del abismo de sus ofuscaciones y no supo al pronto qué contestar, qué pensar de esa muchacha. Al fin reaccionó, y dijo, recogiendo lentamente los papeles que tenía sobre la mesa y a los que Rosarito echaba miraditas disimuladas:

—Bueno. Vamos...

Por el trayecto, él iba tarde, silencioso. Rosarito se volvía a cada paso, a pedirle:

—Apúrese, Joaquín, que ya van a despachar la correspondencia, y esta carta tiene que llegar...

—«Que llegar...»; «que llegar...»—murmuró él, interrumpiéndola.—Siempre llegan, las cartas que no interesan. No se preocupe.

—¡Ah, sí? ¿Usted recibe muchas cartas sin interés, don Joaquín?—ladeó un poco la cabeza, con miradita inocente, Rosarito.

¿Muchas cartas? ¿Si él recibía muchas cartas? ¡Vaya! ¡vaya! ¡Era, esa, una ocasional ironía de la ingenua Rosarito, o es que quería ella hacerse confidencial, u otra cosa? ¡Ah, las mujeres! Le contestó en el mismo tono, apretando vagamente el ceño:

—¡No! no recibo cartas de éas... ¡Me va usted a escribir una?

—¡Uf!—hizo ella, con un respingo de gatita regalona.

Después que Rosarito hubo entregado su carta, o la carta de la mamá, en la oficinita de Correos, se quedaron parados un instante en medio de la calle, mirando hacia la residencial. Rosarito dijo, indicando en sentido opuesto al en que debían volver:

—¿Por qué no andamos un poquito, por ahí? Es temprano todavía, y creo que a mí me hace bien andar, ahora que me siento tan mejor...

Al fin él la observó más detenidamente. Era cierto. La anémica jovencita se veía más rozagante, más llenita de carnes... ; más apetitosa. Aunque, siempre le faltaba algo... ; sí, un poquito de «chispa», le faltaba, a Rosarito. Pero, estaba en realidad bonita, ahora, con sus ojos azules, con su sonrosada ingenuidad. ¡Bien se podría...!

Como ella le estuviese mirando, con una carita de virgen necia, él, por disimular sus pensamientos, asintió simplemente:

—Sí; está muy bien, gracias a los cuidados de su mamá. La cuida mucho, y la mima, la pobre señora, lo mismo que a una criatura. Con tanto cuidado, hasta yo engordaría...

Rosarito replicó al punto, con una sonrisa maliciosa:

—¿Y a usted no lo cuidan...? Yo veo que lo cuidan mucho. Eso sí, como es tan huraño y anda pensando quizá en qué, no se da ni cuenta de que está también muy mejorado. Pero el caballero—siguió, como deseando decir muchas cosas sin parar—ya no mira a nadie, en la residencial... ; ni siquiera a la señora Marina, ¿no es cierto? Yo no sé cómo anduvo el otro día paseando por aquí con la esposa del señor Amescua...

Se detuvo, al verle detenerse en sus pasos. Habían

llegado al borde de un estanque, y ella algo inquieta y vanidosa, se puso a mirar su imagen, en las aguas.

Una sombra de estupor había nublado repentinamente el rostro del hombre, y en sus ojos parecían luchar incógnitas emociones. ¿Qué cosas revueltas eran esas que le estaba diciendo la muchacha? «¿La señora Marina...; la esposa de Amésqua...; él, un hombre hu-rraño, pensando en...?» ¿Eso le decía? ¿Qué quería decirle con eso, la inocente Rosarito... o los chismosos de la pensión? Pero, ¡era Rosarito, la que le decía esas malintencionadas cosas...; era esa linfática ninfa que estaba ahí, al borde del estanque, y que acaso quería ¡la inocente! tirarle de la lengua, sacarle verdad, de mentiras...; o era su propia conciencia, que se las estaba diciendo? ¡Ah! ¡ah!

No le contestó, a la niña, porque no fuese ella a creer que él le daba importancia a sus tontas palabras, y continuaron andando un rato largo por los callejones sombreados de quillayes y de frutales, bajo cuyas ramas se detenía a cada paso Rosarito; tanto por mirar el alto paisaje luminoso del Cajón, como por mirar a don Joaquín. ¡Pero vaya si él le daba importancia al indiscreto parloteo de la muchacha! Ahí le iba persiguiendo, resonándole aún adentro—como el estruendoso rumor del río—el revuelto rumor de lo que ella acababa de decirle.

Cuando volvieron a la residencial, Joaquín se metió en el reducto silencioso de su cuarto, y a poco la empleada le trajo hasta ahí, las once. El se quedó mirando en la bandeja el hermoso trozo de bizcocho...; esos bizcochos exquisitos, livianos y nutritivos, hechos por la señora Marina; y la taza de oloroso té con leche, grande, humeante; y las tostadas con mantequilla, calientes aún... y, de pronto, sintió que las insi-

diosas palabras de Rosarito de nuevo le estaban rasguñando en los delgados velos de su conciencia. «Lo cuidan mucho...» «Lo cuidan mucho...» ¡Era cierto, y él, hurao y desagradecido, no lo agradecía! ¿No lo agradecía...? ¿Es que él se iba a estar fijando en los pequeños hechos y no en la bondad ingénita de la señora, quien para todos sus huéspedes disponía de cordiales atenciones? ¿No tenía ella para todos los pensionistas, su sonrisa simpática, y esa tibia luz confortadora que dejaban caer sus ojos al pasar? ¿Y a él, no le había socorrido, cariñosa, solícita, como una hermana, como una madre, esa noche de la que no quería, no quería acordarse? Y después...

Después...; sí, le había seguido ella confortando, atendiéndole, preocupándose cariñosamente de él; haciéndole comer casi a la fuerza, como a los niños enfermos. Ahuyentándole cada vez los enconados fantasmas que se obstinaban en asediarle, con su oportuna compañía. Con sus miradas—¡sí, ahora lo estaba recordando!—paulatinamente más hondas, pero siempre tan sonrientes; y con su voz, más dulce cada vez, pero siempre tan serena...; y con sus manos diligentes, y con sus palabras llenas de suavidades y persuasiones, ella le atendió, le sacó... le había ido sacando poco a poco y sin darse él cuenta, de ese trance largo de apasionadas angustias. Y ahora, él estaba curado...; casi curado de males y quebrantos, gracias a ella, a la señora Marina. Si no, ¿cómo había podido entonces, en estos días recientes y agradables, conversar, pasear por ahí, con las gentes; con la esposa de Amescua—¡la dignísima esposa del pobre Amescua!—; con la misma Rosarito? ¡Ah, la desabrida Rosarito!...

Se encogió de hombros, sosegada un tanto su vehe-

mencia; y se quedó mirando no sabía adónde. Acercó al cabo la taza de té, que se le enfriaba. Tenía apetito, no obstante sus cavilaciones; un ciego y fisiológico apetito que le venía de los sentidos inexorables, y mordió el delicado bizcocho preparado por las manos de la joven patrona. Al masticarlo, al deglutarlo con regodeo, le encontró ahora un extraño sabor suave, voluptuoso, como el suave aroma de una mujer; y algo comenzó a cosquillearle, adentro, a removerle las escondidas fibras de su existencia. Pero no quiso pensar, no quiso analizar; y continuó saboreando con morosa lentitud el delicioso manjar, que parecía llenarle de indefinidas sensaciones el corazón.

VIII

¿Qué otra nueva inquietud quería conturbarle ahora sus aquietados pensamientos? ¿Hasta cuándo su espíritu, que él, con esforzada perseverancia había tratado de llevar siempre por los derechos caminos del mundo, volvía sus miradas hacia las prohibidas márgenes, de donde misteriosas voces le llamaban?

(Continuará)